

LA O.T.A.N. SE PASA

CUANDO el Presidente De Gaulle llegue a Moscú el próximo mes de junio llevará en su cartera una excelente tarjeta de presentación: sus negociaciones con los Estados Unidos para la retirada de Francia de la O.T.A.N. El sentido de las cartas cruzadas entre De Gaulle y Johnson es éste. Los textos enteros no son conocidos. Se sabe, o se cree saber, que De Gaulle ha planteado de una manera formal lo que hasta ahora había sido suavemente anunciado, es decir, la renuncia de Francia a mantener sus obligaciones para con la O.T.A.N. a partir de 1969 (el tratado fue firmado por Francia en abril de 1949 y cubre un primer período de veinte años) sustituyéndolo por un sistema de «relaciones prácticas de cooperación». El proceso inicial sería que las autoridades militares francesas pudieran ejercer un control real y efectivo sobre las bases norteamericanas en Francia, que ya han sido bastante limitadas —sobre todo en cuanto se refiere a armamento atómico— y que reúnen en condiciones prácticas de extraterritorialidad unos veinticinco mil militares norteamericanos. Este control se extendería más tarde a las bases que están bajo la bandera de la O.T.A.N. de una manera muy clara al S.H.A.P.E.; es decir, al Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas en Europa (del que forman parte las quince naciones aliadas de la O.T.A.N.); establecido por Eisenhower en 1951 cerca de París, en Rocquencourt. La gran doctrina militar en torno a la que opera este cuartel general es ésta, que parece arrancada de una página de «Los Tres Mosqueteros»: «Todo ataque contra una de las partes será considerado como un ataque contra todas las partes». Francia ha sentido al menos por dos veces que esta divisa, tan vieja como pueda ser la más vieja alianza, le fallaba: una vez, durante su guerra de Indochina y la otra en la guerra contra Argelia. La doctrina de los Estados Unidos en los dos casos fue idéntica: se trataba de guerras coloniales, de problemas de Francia con países por ella dominados, y en ningún caso se podían considerar como problemas de la defensa atlántica. El hecho de que los Estados Unidos mantengan hoy en la misma Indochina —en el Vietnam— una doctrina opuesta y consideren que están defendiendo la paz mundial en el mismo terreno en que Francia defendía intereses bastardos ha aumentado la desazón francesa con su gran aliado: para Francia, la guerra de Indochina no es desde el principio más que una sola. Si se acepta la idea de que los Estados Unidos mantienen allí una defensa contra la agresión y contra la libertad, debía haberse aceptado que Francia ejercía la misma misión entonces; si se piensa que Francia no quería entonces más que subyugar por la fuerza un pueblo libre para obtener de él los beneficios coloniales, debe pensarse también que los Estados Unidos no tienen ahora motivos más elevados, por mucha retórica con que lo disfracen. Esta simple idea representa la base de toda la filosofía política de De Gaulle con respecto a su alianza con los Estados Unidos. Elevada a términos generales, significa en la opinión del general y de sus seguidores que Estados Unidos no se comprometerán jamás en una guerra que afecte de manera individual a uno de sus aliados, mientras que en cambio requerirán la puesta en marcha de la alianza si son ellos quienes se sienten agredidos. Es decir, que se trata de una alianza en sentido único. Muchos enemigos franceses de esa doctrina recuerdan que Francia no hubiese sido nunca liberada de los nazis alemanes sin la intervención de Estados Unidos en la guerra, sin el costoso y heroico desembarco de Normandía. La parte adversa recuerda, ante ese argumento, circunstancias históricas: mientras Francia estuvo ocupada, mientras Gran Bretaña recibía en sus ciudades el feroz bombardeo de las «V-2», los Estados Unidos no dieron mayores señales de solidaridad, y estiman que no la hubiesen dado jamás de no haber sido atacados directamente por el Japón en su propio costado, en Pearl Harbour. Disputa histórica de difícil solución, puesto que lo que no ha ocurrido no se puede nunca analizar.

SI Francia expresa directa y abiertamente estas reservas en cuanto a su mayor alianza militar, parece que otros países no se atreven a expresarlas, bien por conveniencia personal, bien por un reflejo de unidad occidental que Francia parece haber perdido. Es fácil ver los esfuerzos que los Estados Unidos están realizando para encontrar ayuda o, al menos, comprensión en sus aliados para la guerra en el Vietnam, y se puede comparar esta situación con la de la guerra de Corea en 1950. Entonces estaban presentes en los campos de combate co-

reanos todos los países europeos, de una manera más o menos simbólica —el grueso del esfuerzo lo conducían siete divisiones de Estados Unidos— agrupados bajo la bandera azul de la O.T.A.N., mientras que ahora la guerra del Vietnam apenas recibe algunas frases de auxilio moral de los más conspicuos aliados directos de Estados Unidos, apagados por un mayor número de frases condenatorias. El recuerdo de estas circunstancias hace pensar a Maurice Schumann —que fue ministro, que fue delegado de Francia en la O.N.U.— en la existencia de los «nuevos neutrales», que son los mismos que hace dieciséis años eran aliados de sangre.

S EAN cuales sean sus reservas, los países de la O.T.A.N. no aprueban por el momento la posición francesa. La respuesta de Johnson a De Gaulle ha sido —se supone que ha sido, porque tampoco se ha hecho pública— muy breve: consiste en un simple acuse de recibo y la advertencia de que no podrá dar una respuesta más concreta hasta tanto no haya consultado a sus aliados, puesto que se trata de un problema que afecta a todos. En principio parece que no acepta el control francés de sus bases en Francia, y que optará por retirarlas pura y simplemente cuando caduquen los acuerdos. Pero no parece más claro que pueda continuar existiendo en París el Cuartel General, el S.H.A.P.E., si Francia se retira de la alianza. Los americanos han calculado ya con su tópicamente sentido práctico que se trata de un simple problema de millones de dólares: unos gastos de mudanza. Algunos piensan que el traslado puede hacerse a Holanda, que es uno de los países que parecen más firmes en la alianza y al mismo tiempo más serenos. Sin embargo, De Gaulle parece mantener la idea de que el Cuartel General puede permanecer aún en París. Para ello, establece una diferencia muy sutil entre el Pacto del Atlántico y la O.T.A.N. Esta idea francesa —que aparece en la conferencia de prensa de De Gaulle del 21 de febrero— trata de explicar que una cosa es la alianza, el llamado Tratado del Atlántico Norte, que determina la defensa regional de los países firmantes y el desarrollo entre ellos de la cooperación económica, social y cultural de cada uno de sus miembros, y otra cosa es la O.T.A.N., organismo militar de carácter técnico. Francia cree que puede seguir estando incluida en el Tratado del Atlántico Norte por medio de alianzas bilaterales y multilaterales, pero puede excluirse de la organización militar conjunta que significa la O.T.A.N. Para la mentalidad rectilínea de los Estados Unidos, esta posibilidad resulta difícil de aceptar plenamente, y no sólo para ellos, sino para los otros países del pacto que entienden que la O.T.A.N. es una derivación del artículo 9 del pacto, y forma un todo con él; o se aceptan todas las condiciones, o no se aceptan. En el fondo, hay un deseo de todos de que Francia abandone de una vez la organización, puesto que desde hace años su presencia no sirve más que para frenar los progresos de la integración, en vista de su feroz defensa de la soberanía nacional («De Gaulle —decía hace unos días el senador republicano por Nueva York, Javitas— está queriendo resucitar el nacionalismo en una época de internacionalismo y multilateralismo. Espero que ni los Estados Unidos ni los demás países de la O.T.A.N. se dejen arrastrar por esta idea»). Pero al mismo tiempo existe una cierta incomodidad. ¿Puede subsistir la O.T.A.N. sin Francia? ¿Se puede hablar de un pacto regional europeo sin uno de los principales países de la Europa continental? Y menos aún si este país, Francia, profundiza cada vez más sus relaciones con la URSS, los países comunistas de Europa, China e incluso el Vietnam del Norte. Es innecesario decir que si bien el Tratado no menciona ningún país con la calificación de enemigo, son precisamente los antes citados, y de una manera muy especial la U.R.S.S., los que están directamente apuntados como contrarios potenciales. Para muchos fanáticos, Francia está realizando progresivamente, subrepticamente, un cambio de alianzas: no olvidemos que De Gaulle ha sido calificado de comunista por los fanáticos de su país —por Tixier-Vignancourt, especialmente— en la reciente campaña electoral para la presidencia. Para los más objetivos, se trata simplemente de un reconocimiento de las nuevas condiciones europeas. Europa se agrupaba en torno al poder militar mítico de los Estados Unidos cuando le asustaba la sombra de Stalin, cuando necesitaba dinero y material para reconstruir sus industrias destruidas por la guerra, cuando el capital temía la revolución interior en cada país. Hoy la URSS no representa ningún problema militar para Europa, el continente se ha reconstruido,

DE MODA

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

el alza del nivel de vida en la mayor parte de los países europeos ha alejado el riesgo de que los cambios políticos interiores se hagan de manera violenta. El peligro para la paz se ha desplazado hacia Asia, y ningún país europeo tiene intereses personales ya en Asia, a no ser la Gran Bretaña; y la Gran Bretaña estaría deseando zafarse de sus obligaciones en Malasia, en Singapur, si ello no arrastrase automáticamente el abandono por parte de los Estados Unidos de la defensa de la libra esterlina. Francia se hace la pregunta cínica, pero realista: «¿Para qué sirven los Estados Unidos?».

Al mismo tiempo que este problema francés, se presenta a la O.T.A.N. un problema de orden militar: el de la defensa nuclear. En términos sencillos, el del control y la participación de los Estados miembros de la O.T.A.N. en el arma nuclear, cuyo aliado nutrió, los Estados Unidos, son los únicos detentores —en una cierta medida, puesto que Gran Bretaña en primer lugar y Francia en segundo tienen también sus bombas, pero estas bombas no pueden compararse como armas operacionales con las que tiene Estados Unidos ni con las que tiene el enemigo potencial, la URSS—. Este problema de la participación colectiva en el arma nuclear se discute desde hace tiempo, y se reactualiza ahora con las conversaciones de desarme de Ginebra, que por primera vez están a punto de llegar a un resultado práctico. La URSS, por boca de su delegado en Ginebra, Tsarapkin, ha anunciado ya que no considera la situación en el Vietnam como un obstáculo mayor para llegar a un acuerdo de desarme, que está dispuesta a considerar la posibilidad de someterse a un sistema de inspección limitado a los Estados no nucleares y realizado por la Agencia Internacional de Energía Atómica —la AIEA, creada por Eisenhower en 1953, ratificada en 1956 por la firma de un acuerdo entre 99 países de los que actualmente quedan 91: tiene su sede permanente en Viena, y aunque su personal está compuesto por quinientas personas, hasta ahora no representa más que un papel simbólico en el control de la energía atómica—; y que los puntos de acuerdo pueden realizarse no solamente mediante el proyecto soviético, sino también mediante el presentado por los Estados Unidos. Los más optimistas consideran que a finales de este mes la conferencia de Ginebra podrá por fin sobrepasar su larga etapa de discursos inoperantes, y comenzará a discutir, punto por punto, un acuerdo mundial que tenga cierta efectividad. Sólo una condición pone la URSS, y es que se evite que la O.T.A.N. tenga una participación colectiva en el arma atómica, y muy específicamente que tenga alguna forma de acceso a ella la Alemania occidental. Entiende que ésta es una base para evitar la diseminación del arma nuclear; y que Alemania occidental sigue siendo el peor enemigo de la URSS en Europa.

En principio, la O.T.A.N. —por no decir los Estados Unidos— ha abandonado ya de una manera que parece definitiva el proyecto que más preocupaba a la URSS: el de la Fuerza Multilateral, basada esencialmente en la creación de una fuerza naval de superficie compuesta por navíos armados con cohetes «Polaris» de cabeza atómica y dotados de tripulaciones mixtas, en la que todos los países de la O.T.A.N. pueden participar en las discusiones sobre el empleo o no empleo del arma nuclear, aunque no en la decisión definitiva que corresponde al Presidente de los Estados Unidos. Este proyecto aproximaba sin ninguna duda a la Alemania occidental y a otros países no nucleares hacia la bomba atómica. Para reemplazarlo, Gran Bretaña ideó otro, el de la «ANF», o «Atlantic Nuclear Force», que consiste esencialmente en reorganizar las fuerzas ya existentes a base de los navíos británicos y americanos equipados con «Polaris» y con extensión del derecho de veto sobre la utilización del arma atómica a todos los miembros del pacto. Se han hecho numerosas críticas occidentales a este proyecto —complejidad de mecanismo burocrático, destrucción de la organización militar actual, demasiada libertad atómica para Francia que no quedaría comprometida...— y los Estados Unidos parecían dispuestos a adoptarlo a disgusto, simplemente como una posibi-



lidad de sustituir al de Fuerza Multilateral. El nuevo deshielo de Ginebra hace pensar que también este proyecto va a caer, y que la O.T.A.N. no va a conseguir nunca colectivizar el arma nuclear. En su lugar aparecería un tratado de alcance mundial sobre no proliferación de armas nucleares. El proyecto americano —que la URSS se declara dispuesta a discutir— mantiene la posibilidad de no cerrar la puerta de la O.T.A.N. a una organización nuclear colectiva. En la revisión de este tratado que Estados Unidos parecen dispuestos a realizar para conseguir el acuerdo de la URSS se determina que Alemania occidental debe renunciar a la posesión nacional de armas nucleares, y a su fabricación, sin que se creen entidades nucleares independientes adicionales; una «cláusula de escape», como se dice en términos diplomáticos, permitiría a la URSS retirarse del tratado o denunciarlo en el caso de que Alemania occidental tenga de alguna forma acceso al arma nuclear. No parece que Erhard pueda aceptar este tratado; no parece que ningún gobierno de la Alemania del Oeste sea capaz de enfrentarse con sus militaristas y firmar esta condición. ¿Puede Estados Unidos forzarle a aceptarlo así, en virtud de un interés superior?

En estos momentos parece que el tratado del desarme es por primera vez posible, y parece también que con ello la O.T.A.N. va a sufrir un golpe suplementario. Si la ya anunciada retirada de Francia fuese seguida de una retirada de Alemania, precisamente en un momento en que Gran Bretaña acaba de adoptar en el Parlamento un nuevo presupuesto de defensa que supone prácticamente su entrega en las manos militares de los Estados Unidos, la O.T.A.N. dejaría de ser un pacto propiamente dicho para convertirse en una organización puramente norteamericana; o caería en la desintegración. Ideada para responder a un determinado contexto histórico y militar, en la época en que los Estados Unidos parecían atacados de «pactomanía», no ha evolucionado como lo requerían los sucesivos cambios políticos, las evoluciones interiores de los países amigos y enemigos, la modernización, la extensión de las armas nucleares, el final de los imperios coloniales, los cambios doctrinales del pensamiento militar, los fundamentos económicos de las sociedades occidentales... Todas estas cosas, y muchas más, han ocurrido entre 1949 y 1966, y la O.T.A.N. se ha quedado esclerotizada, inerte, pasada de moda. Cada nación, cada político, cada militar, cada diplomático tienen hoy su fórmula de reforma, y ninguna coincide. Mala cosa, cuando las instituciones no evolucionan con naturalidad y al paso del tiempo, y requieren reformas y adaptaciones bruscas. Significa que han muerto, que es mejor abandonarlas y encontrar otros sistemas más adecuados a la época. Es curioso que De Gaulle, el político más viejo de Occidente —no sé si en edad, pero sí en estilo personal—, sea el primero en advertirlo.